



natural en su testamento, en que consignó sus últimas voluntades con desprecio de todas las formas ordinarias de la justicia humana.

Si consideramos su vida activa y agitada, es Lutero uno de los hombres más pasmosos de todos los siglos. Por desgracia, desconoció su vocación, que no era de reformador, por no tener la caridad ni la humildad necesarias. Desechó con atrevimiento é inconsideración la autoridad de la Iglesia, que más tarde, poniéndose en flagrante contradicción con sus principios, reivindicó contra sus adversarios. Su valor, que no puede desconocerse, degeneraba fácilmente en audacia. Su actividad era infatigable; su elocuencia, popular y arrebatadora; su espíritu, vivaracho y lleno de agudezas; su carácter, desinteresado; su alma, profundamente religiosa; y este sentimiento imperioso de religión, que constituye el rasgo más característico de su sistema, contrasta de una manera la más extraña con el tono frívolo y el lenguaje trivial que son de su predilección. «Unas veces, dice Erasmo, escribe como un apóstol, y otras habla como un bufon, cuyas pasquinadas y pullas exceden á toda medida, como si olvidase de repente el espectáculo que ofrece al mundo y qué papel en él representa.» Por una parte, prohíbe el uso de las armas en los negocios religiosos, y por otra proclama unos principios y se sirve de un lenguaje que haría honor á los más furiosos jacobinos de nuestros días. Su franqueza se convierte pronto en grosería, y su grosería le ciega y le hace extremadamente injusto con sus adversarios. Mientras pone su grito en el cielo reclamando para sí el derecho de interpretación la más amplia y arbitraria, lo rehúsa á sus enemigos, y ejerce sobre sus íntimos amigos, á los cuales arranca el asentimiento, el más duro y vergonzoso despotismo (*tuli servitutem pene deformem*, dice Melancton). Por fin, si se recuerdan sus palabras obscenas y su lenguaje desvergonzado sobre las más santas instituciones, por ejemplo, la del matrimonio, no sólo estando en la mesa, sino en sus obras y discursos públicos, sin poderse justificar ese modo de hablar por ser aquellos tiempos groseros, porque no se halla en las obras de sus adver-

sarios, aun prescindiendo de la perversidad de sus principios religiosos, es necesario rehusarle absolutamente la vocación de reformador. Para llegar á ser un instrumento de reforma en la Iglesia, debió comenzar por reformarse á sí propio. Para todo el que juzga con imparcialidad la obra de Lutero, fácil le será reconocer que nada tenían de misión apostólica sus movimientos desordenados, sus empresas tumultuosas, sus apasionadas luchas, ni esa ardiente y trivial polémica de que su vida se compuso. «La razón más vulgar me enseña, dice Erasmo, que no ha podido hacer la obra de Dios un hombre que tanto ruido ha metido en el mundo, y que no hallaba placer sino en las palabras indecentes ó de burla. Una arrogancia como la de Lutero supone la demencia, á la cual ninguna igualó jamás, y un humor bufon como el del doctor de Wittenberg no puede aliarse con el espíritu apostólico.»

Y sin embargo de todo esto, los partidarios de Lutero tributan á su memoria unos honores que la Iglesia reserva á los Santos, honores que tanto habían reprochado á los papistas como una escandalosa impiedad.

La voz del emperador, que había puesto fuera de la ley del Imperio á los jefes de la liga protestante, fué robustecida por la del papa Paulo III, que, por decirlo así, llamó á una cruzada á los pueblos católicos. No halló desprovistos á los príncipes protestantes esta declaración de guerra. Hacia quince años que existía la liga de Smalkalda, y el ejército imperial era bien inferior al de los príncipes luteranos, porque hubo más de un príncipe católico que, por celos del poder del emperador, rehusó juntarse. Y por otra parte, deseando Carlos dictar las condiciones de la paz según sus miras, no los llamaba en su socorro sino á no poder más. De su lado, los ejércitos protestantes no tenían á su frente ningún hombre de talento. Mauricio de Sajonia, yerno del landgrave de Hesse, aunque protestante, habiéndose pasado al lado del emperador, penetró en los Estados de los príncipes protestantes so pretexto de protegerlos contra Fernando, rey de Bohemia, que amenazaba apoderarse de ellos. La repentina llegada del emperador obligó al elector de



Sajonia á aceptar la batalla cerca de Mulberg (24 de Abril de 1547), en la que fué hecho prisionero. Luégo despues se rindió el landgrave de Hesse, y no obtuvo su libertad sino por la caución de su yerno Muricio, que obtuvo el electorado de Sajonia, dividiendo así el poder de los protestantes. El emperador, que alcanzó este brillante resultado sin el concurso de ningún príncipe católico, sino más bien por el de un príncipe protestante, no tenía, sin embargo, ningún designio de usar de la victoria para extender su dominación, ó para obligar á la fuerza á los príncipes á entrar de nuevo en el seno de la Iglesia católica, sino que pensaba hacerlo por medio de un acomodamiento. Despues de haber repuesto á Julió de Pflug, obispo de Naumburgo, en posesión de su sede, como debía hacerlo por el interés de los católicos y de la justicia, por haber sido echado de ella contra todo derecho, y despues de haber ejecutado el decreto de deposición contra Hermann, arzobispo de Colonia, abrió la Dieta de Augsburgo (1.º de Setiembre de 1547) con la esperanza de obtener por fin la unión tan deseada, tantas veces ensayada, y que no esperaba ya de un concilio que desechaban los protestantes, y que además había sido trasladado de Trento á Bolonia. Los teólogos reunidos en Augsburgo, Julio de Pflug, obispo de Naumburgo, Miguel Holding, coadjutor de Maguncia, y el diestro y sutil Juan Agrícola, predicador de los electores de Brandeburgo, redactaron el *Interim de Augsburgo* de que hablamos arriba. Este *Interim* concedía á los protestantes la comunión bajo las dos especies, la conservación de sus mujeres á los eclesiásticos protestantes que se habían casado, y la posesión de los bienes que se habían quitado ya á la Iglesia.

El conjunto era una obra maestra de doblez, pero á pesar de esto, no produjo ningún resultado. Tuvo la suerte de disgustar á la vez á los católicos de Alemania, á los pueblos protestantes y á la corte de Roma, todos ofendidos de que el emperador cortase de aquella manera cuestiones exclusivamente religiosas. Los luteranos se desencadenaron contra aquella alianza con la *prostituta de Babilonia*, y acordándose más de las invectivas de Lutero que

de sus exhortaciones á la piedad, expresaron de mil modos su resentimiento contra una obra del diablo, verdadera recrudescencia del papismo y nuevo lazo tendido á la buena fe de los protestantes (*das Interim hat den Schalck hinter ihm*). Magdeburgo se resistió, y el mismo Mauricio de Sajonia no quiso admitirlo sino con la condición de que se tendría una consulta de teólogos protestantes, á cuyo frente debía estar Melancton para saber hasta qué punto se le podía aceptar sin faltar á la conciencia. Esos teólogos declararon (*Interim* de Leipzig) que en lo relativo al *adiaphora*, es decir, en las cosas medias é indiferentes, como las ceremonias del culto, se podía pasar más adelante. No se mostraron ménos fáciles tampoco bajo el punto de vista dogmático. Respecto de la justificación, por ejemplo, decían: Dios no obra con nosotros como con una máquina, aunque sólo los méritos de Jesucristo nos justifican. Las obras dispuestas por Dios son buenas y necesarias, lo mismo que las tres virtudes teológicas, la fe, la esperanza y la caridad. Admitían también los Sacramentos de la Confirmación y Extremaunción, tan obstinadamente rechazados antes, y que la misa debería celebrarse conforme al rito antiguo, cantándose sólo en ella cánticos de alemán. Mucho distaban estas exigencias de las de Lutero, y aquellos teólogos se mostraban tan condescendientes con el poder imperial, como lo habían estado antes á las amenazas de Felipe de Hesse. Sin embargo, los predicantes luteranos se pronunciaron formalmente contra él, y entablaron la animada lucha del *adialogo*. Púsose á la cabeza de la oposición, Flacio, el vigoroso y ardiente discípulo de Lutero, y se fué á Magdeburgo, cuyos atrevidos ciudadanos se habían declarado contra el emperador lo mismo que contra el papa.

A pesar de esta resistencia, el *Interim* de Leipzig se fué introduciendo poco á poco en muchos distritos y ciudades protestantes, por cuya razón en la Dieta de Augsburgo intentó todavía el emperador convencer á los protestantes á que fueran al concilio, abierto de nuevo en Trento bajo los auspicios de Julio III. Los protestantes, empero, renovaron sus antiguas pretensiones, pidiendo que sus teólogos tuvie-



ran en él el voto deliberativo, que se anuláran las actas y decretos anteriores, y que el papa renunciase á la presidencia.

Poco á poco, sin embargo, Trento vió sucesivamente aparecer en su seno á los diputados de Brandeburgo, Wurtemberg y Sajonia, y ya se hallaban en camino los teólogos de Witenberg, con Melancton á su cabeza, cuando de repente, cambiando de papeles, Mauricio de Sajonia hizo traicion al emperador, como la habia hecho antes á sus propios aliados. Como se le habia confiado la ejecucion del decreto que ponía á Magdeburgo fuera de la ley, habia podido, sin excitar sospechas, reunir un cuerpo de ejército en Alemania, y al mismo tiempo tratar secretamente una alianza con Enrique II, rey de Francia (5 de Octubre de 1551), á quien abandonaba, como futuro salvador de la libertad de la Alemania, las ciudades imperiales de Metz, Toul, Verdun y Cambray. Una vez tomado su nuevo partido, Mauricio se dejaba caer inopinadamente sobre Inspruck, de cuya ciudad se ve obligado el emperador, enfermo y todo (22 de Mayo de 1552), á huir, dirigiéndose á toda prisa hácia Willach en la Carintia, mientras que Enrique II hace invadir la Lorena. Carlos V, que tenía aún á su disposicion todos los medios materiales para continuar la guerra, pero que parecia haber perdido las esperanzas que antes alimentára de poner fin personalmente á aquella tenaz lucha, transmitió á su hermano Fernando la mision de concluir el tratado de Passau (30 de Julio de 1552), en cuya virtud fué puesto en libertad Felipe de Hesse, bajo condicion de arreglar al poco tiempo y en una Dieta los asuntos religiosos y políticos. De resultas de la guerra con la Francia se retardó la Dieta de Augsburgo hasta el día 5 de Febrero de 1555. Ambos partidos tenían ya la conviccion de que en adelante, y en el punto á que habian llegado las cosas, ni conferencias ni concilios podrian apaciguar ya las disensiones religiosas, y que era necesario pensar en restablecer el orden y la paz en el imperio, dejando por entonces indecisas las cuestiones religiosas. Despues de prolongadas negociaciones se llegó al fin á la paz religiosa de Augsburgo, que debia subsistir, cualquiera que fuese

la solucion que se diese á la cuestion eclesiástica. En ella se aseguraba la libertad de cultos á los católicos y á los adherentes de la confesion de Augsburgo, y los súbditos de todos los Estados tenían derecho de emigrar, sin dificultad ni vejacion de ninguna especie, en el caso que creyesen oprimida su conciencia. Lo que dió lugar á las más graves dificultades, fué la reserva eclesiástica (*reservatum ecclesiasticum*), segun la cual los Estados eclesiásticos que pasasen al protestantismo debían perder su dignidad y ser reemplazados en nuevas elecciones por los católicos. Recordábanse los ejemplos de Alberto de Brandeburgo, Hermann de Colonia y otros obispos; pero Fernando, á pesar de todas las posiciones, hizo pasar aquella cláusula, aunque fué necesario al mismo tiempo dejar pasar en el tratado la protesta de la parte contraria, lo cual fué el germen de las sangrientas guerras de religion que sobrevinieron despues.

Edad notable para la vida humana hubiera sido en verdad la que nacia al finalizar el siglo XV: edad de investigaciones científicas, de adelantos artísticos, de descubrimientos especiales, que revelan los nombres de Bertoldo, Schwartz, Gioja, Guttemberg, Colon, Pizarro, Cortés y otros cien, á no haber sido turbada por el germen del error que acabamos de mencionar con la extension que el asunto merece en desenvolvimiento de la Historia.

No ménos que el error de Lutero, contribuyó el renacimiento á dar cierta mal avenida direccion con la verdad á los estudios sérios y fundamentales de la vida.

La marcha general de la vida nos ofrece una Historia azarosa en el imperio otomano bajo Mahomet II y Bayaceto; una existencia revuelta y batalladora en las posesiones monárquicas y republicanas de Italia bajo la presion de tantos sofistas como la inundaban; y en Milan y en Venecia, como en Florencia y Roma, todas son luchas y complicaciones, atizadas por la pasion más violenta.

En Francia, despues de la guerra de los cien años, Luis XI, el hijo de Carlos VII, pretende poner límites á la soberbia del feudalismo, y éste se defiende bajo el nombre de las *ligas*



*del bien público*, ligas de la nobleza contra el trono; entregándose más tarde la Francia en las revueltas sucesivas á sostener su predominio contra la casa de Austria. En Inglaterra, la guerra de *los dos razas* aniquila y agobia al país, diezma al pueblo, merma á la nobleza y hace sucumbir ochenta príncipes, unos en pos de otros, que se suceden en sus ambiciones, sin fruto y sin provecho para la nacion.

La Turquía entra en plena decadencia despues de la muerte de Soliman, digno contemporáneo en la fama de sus hechos guerreros de Carlos V y Francisco I, si bien su historia aparece manchada con la pernicioso influencia de su favorito Roxanas; despues de Soliman, el trono de Turquía se ve ocupado por una miserable serie de emperadores salidos del fondo de los serrillos y gobernados por prostituidas mujeres y viciosos eunucos.

Las luchas entre Carlos V y Francisco I, los reyes caballeros y cristianos de esta época, el vencedor de Pavia y el prisionero en Madrid, quedan terminadas en el tratado de Crepy. Estas luchas no fueron tan sólo la expresion de una rivalidad personal entre los dos reyes; fueron más bien la reñida batalla entre la época cristiana que espiraba y la malhadada época que nacia; este es el secreto germen de estas gigantescas luchas. Desde este momento, la voz de la soberbia, el espíritu del error predicado, divide y separa á las naciones, y enciende en el corazon de Europa un extenso volcan, un voraz incendio, que amenaza devorarlo todo, y en Francia como en Alemania, en Suiza como en Inglaterra y Países-Bajos, se nos ofrecen luchas fratricidas, alentadas por el trastornador protestantismo. En España, la figura de Felipe II, preside con enérgica sabiduría sus destinos; en medio de esta tan horrorosa complicacion europea, castigo sin duda del error que se extiende, propaga é impera en lo interior de las conciencias y secreto del pensamiento humano.

El historiador italiano de nuestro siglo compendia la época presente de la Reforma en los siguientes términos:

«Carlos V, al mismo tiempo que se completa el descubrimiento de la América, intenta ha-

cer revivir el pensamiento de un imperio cristiano, y lleva la cruz á desterrar la barbarie de las playas africanas. Aún quedan en la nueva edad la huellas de la Edad Media; el municipio, los señoríos, el rey y los jefes de partidas respiran la antigua atmósfera; la Italia, combinando en las bellas artes y en la literatura la fecundidad nacional con la imitacion de lo antiguo, produce otro de los célebres siglos de oro, y la palabra virtud, que entre los primeros romanos era sinónimo de valor, es en esta época la expresion que significa el mérito en las artes de recreo. Pero la muerte de Carlos el Temerario, la lucha entre Francia y Austria, el saqueo de Roma por los católicos y Francisco I, último de los caballeros que en Pavia *pierde todo ménos el honor*, anuncian una era de positivismo, de cálculo, de razon y de protesta.

Mal se encubre la corrupcion profunda en el esplendor de las artes y de las conquistas. La Italia sigue pintando y cantando, mientras está á punto de perder su independencia, como los habitantes de Pompeya corrian al teatro momentos ántes de sepultarse la ciudad; la depravacion penetra en el santuario, en los gabinetes y en las familias; la idolatría resuena en el canto de los poetas y en el estudio de los artistas, y la corrupcion halla también cabida en el poder espiritual, que al perder el conocimiento de sus deberes, pierde igualmente la confianza de las naciones. ¡Qué magnífica empresa para un reformador que hubiese sido capaz de volver á traer al terreno de la verdad y de la luz las ideas prácticas, tan enmarañadas, y desenredar las intrincadas relaciones eclesiásticas y seculares, políticas y religiosas! Pero Lutero, sin tener todas las altas cualidades que se requieren en un reformador, se lanza á la ventura á provocar una revolucion. Desde entonces queda irreparablemente rota la unidad de las ideas; el protestantismo no influye sólo en el dogma y la disciplina, sino que se insinúa, ya descubiertamente, ya con perfidia, por todas partes, germinando en las letras, en el Estado, en las costumbres, en la filosofía y en la ciencia, y dejando en herencia al porvenir esta division, que todavía malquista á los hombres, y poniéndolos en los opuestos



bandos del egoísmo y de la universalidad, de la conservación y del progreso, de la discordia y de la armonía, y que no cesará hasta que una inmensa efusión de doctrina empuje de nuevo á la sociedad hácia la verdadera fuente de la luz y de la paz.

Demasiado conocidas son las miserias de aquella pomposa barbarie, cuando el fanatismo y la intolerancia subvierten no ménos los reinos que las familias, cuando la Inquisición, Calvino y Enrique VIII se dan prisa á encender hogueras y erigir cadalsos. Entonces las artes ven enturbiadas las fuentes más puras de lo bello; la literatura se convierte en polémica; hasta la verdadera ciencia queda reprimida por temor de los excesos; una guerra de las más largas y homicidas devasta el corazón de Europa, y la Alemania, el Estado más floreciente de la Edad Media, se ve conducida irreparablemente hácia su ruina por la estrella de Waldstein y los cañones de Gustavo Adolfo. Desángranse los pueblos buscando lejanos dominios, y las suntuosas miserias españolas, insinuándose en la literatura y en la vida de los italianos, les resignan á perder su independencia cuando los demas pueblos las conquistan.

El concilio de Trento no restablece la unidad, pero fija la teología y cierra la historia exterior de la Iglesia. Tampoco la paz de Westfalia reconcilia la Alemania, que con semejante constitución viene á ser el eje de la política europea. Este es el primer modelo en grande del sistema de equilibrio, que por medio de alianzas políticas, contrapesos materiales y artificiosas transacciones, hace caminar á la Europa entre el error y la verdad; sistema por el que los estados más poderosos garantizan á los débiles, que á pesar de su inferioridad, llegan á considerarse iguales é independientes. Desde este punto queda arreglado todo por los gabinetes; introdúcese la tranquilidad en la lucha; la guerra se convierte en ciencia, y se crea la diplomacia. El gobierno monárquico, general ya en Europa, impide el violento choque de las facciones como allá en otros tiempos; la Inglaterra completa su constitución; los papas, convertidos en potestades seculares, no dirigen, sino que siguen el movimiento universal, y

finalmente, el Austria se reviste del carácter pacífico y conservador que por lo general ha conservado en lo sucesivo. Hasta la guerra contribuye á desarrollar el pensamiento desde que la autoridad cede su puesto á la discusión; con Lope de Vega, Camoens, Shakspeare, Milton y el Tasso se ve la literatura agitada de modernas pasiones; pero no olvidemos que Galileo y Descartes fueron católicos, y que los reformistas no tienen un hombre que oponer, no dirémos al de Miguel Angel ó Rafael, pero ni al de Bossuet, Fenelon ó Condé.»

Por lo que se refiere á la historia patria, hemos apuntado las glorias de los Reyes Católicos, primeras figuras en la genealogía de nuestros monarcas.

Siguiendo desde esta época la sucinta relación de los sucesos, consignaremos, siguiendo á un autor metódico y compendioso, los principales sucesos que nos restan después del apogeo de los vencedores de Granada:

«Tantos triunfos y prosperidad tanta no estuvieron libres de muy amargos pesares. Perdieron los Reyes Católicos á sus hijos D. Juan y doña Isabel, casada con el rey de Portugal. Su hija doña Juana, casada con el archiduque de Austria, D. Felipe, enfermó, y su otra hija doña Catalina casó con el cismático Enrique VIII de Inglaterra. La buena y magnánima doña Isabel, intachable en su conducta como reina y como mujer, aquella reina de quien dice un autor contemporáneo «que era el espejo de todas las virtudes, el escudo de los inocentes y el freno de los malvados,» no pudiendo soportar tantos disgustos, murió en Medina del Campo (1504), con general sentimiento de todos los castellanos, que presentían lo que iban á perder por su muerte en libertades, en tranquilidad y bienestar, y á causa de la nueva dominación extranjera, que entraba á reinar en España con la casa de Austria, desconocedora de nuestros buenos usos y costumbres. Nombró en su testamento á doña Juana por heredera de la corona de Castilla, y después de su muerte á D. Carlos, su nieto, y al rey D. Fernando, su marido, regente del reino hasta que D. Carlos llegase á la edad de veinte años.

Este reinado, que inauguró la dominación



de la casa de Austria en España, fué de bien funestas consecuencias para los castellanos. D. Felipe, removiendo de sus empleos á la mayor parte de los magistrados y gobernadores, colocó en ellos á los flamencos que le habían acompañado, dejando á su disposición el gobierno del Estado, y consintiendo además que hiciesen un tráfico escandaloso con las vacantes. Esta conducta hubiera acarreado muy serias consecuencias, á no haber muerto D. Felipe á los nueve meses de su llegada á España.

Después de la muerte del rey se formó un Consejo de regencia provisional, vista la incapacidad de doña Juana, llamada la *Loca*, compuesto de siete señores y presidido por el arzobispo de Toledo, D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, el cual se presentó á la reina en uno de aquellos lucidos intervalos en que recobraba su razón á darla cuenta de lo acordado. La reina contestó que su padre D. Fernando vendría y proveería á todo. No eran unánimes los pareceres acerca de la venida de D. Fernando, y divididos los grandes en dos partidos, había gran confusión en el reino: uno de ellos, capitaneado por el arzobispo de Toledo, Cisneros, y el duque de Alba, estaba por D. Fernando: el otro, al frente del cual figuraban el duque de Nájera y el marqués de Villena, se inclinaba al emperador Maximiliano; al fin se juntaron las Cortes y se declararon por el Rey Católico, dándole la regencia del reino.

Puesto en posesión el Rey Católico de la regencia, su primer cuidado fué asegurar el orden, seriamente amenazado por el partido de los descontentos; los castigos ejemplares que se hicieron en Córdoba, Segovia y Niebla, pueblos que se sublevaron, prueban bien que se hizo respetar. Una vez seguro en la sumisión de sus reinos, se dedicó á continuar en el exterior sus planes de engrandecimiento. Con este fin entró en la famosa liga de Cambray con el papa Julio II, el rey de Francia y el emperador Maximiliano contra los venecianos. Continuó con actividad los descubrimientos del Nuevo Mundo; ayudó al arzobispo Cisneros en la conquista de Orán, enviando después sus ejércitos á apoderarse de Bujía y Trípoli, y obligando á pagar tributo á los reyes de Tánger y

Túnez. Conquistó la Navarra española, agregándola á la corona de Castilla, y sus ejércitos triunfaron completamente en la guerra de Italia de las armas francesas. Al morir declaró en su testamento heredera de todos sus Estados á la reina doña Juana, su hija, y después de su muerte, al príncipe D. Carlos su nieto; nombrando al cardenal Jimenez de Cisneros regente de Castilla, y al arzobispo de Zaragoza regente del reino y estados de Aragón.

Pocos reinados ofrecen las naciones tan fecundos en acontecimientos notables como lo fué el de los Reyes Católicos en España. Con su estímulo se comenzaron á formar los sabios y artistas eminentes que cultivaron con tanta originalidad como genio las letras y las artes en los reinados siguientes; bajo su protección se lanzó Cristóbal Colon al descubrimiento del Nuevo-Mundo; por su piedad religiosa fué conquistada Granada, y por su vida ejemplarísima comenzaron á reformarse las costumbres; y mediante un gobierno enérgico, prudente é ilustrado, fundaron la España, fuera de Portugal, en una sola monarquía; la agregaron Nápoles, Sicilia, las costas de Africa y las Américas, haciéndola de este modo la potencia más poderosa de Europa, y haciéndose ellos mismos temer y respetar de los demas soberanos de su tiempo. Florecieron en esos tiempos por sus heroicas virtudes San Vicente Ferrer, San Diego de Alcalá, San Juan de Sahagun, San Pedro Arbués y San Pedro Regalado; por sus escritos, Pablo de Santa María, el Burguense; su hijo Alfonso de Santa María, Alfonso Tosta, do, el Abulense, Antonio de Nebrija, D. Alvaro, escritor de la *Crónica de D. Juan II*, Fernando del Pulgar, el Cura de los Palacios, Gonzalo de Ayora, Angleria y Galindez Carvajal.

D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, nacido en Torrelaguna, religioso franciscano, arzobispo de Toledo nombrado por la reina doña Isabel, y cardenal de España por súplica del Rey Católico, fué uno de esos personajes de primer orden, cuyo elevado genio, cuyo gran talento político, fuerza de voluntad y recta intención, le colocan, si no más, al igual con los grandes hombres de Estado de la historia moderna. Ochenta años tenía cuando se encargó